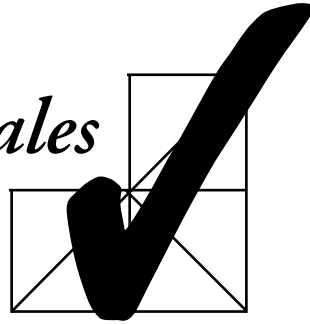


Lecturas y señales



El hijo judío

Daniel Matusevich



Daniel Guebel
Literatura Random
House, 2018

“Envejecer es cruzar un mar de humillaciones cada día, es mirar a la víctima de lejos, con una perspectiva que en lugar de disminuir los detalles los agranda. Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida. Nunca pienso que soy vieja ahora que soy vieja”

Silvina Ocampo

Para este comentario hemos seleccionado una novela que retrata la relación entre un padre y su hijo; esta temática es casi un género en sí mismo y son varios los escritores que han dado algunas de sus mejores obras intentando plasmar ese mundo: una lista inevitablemente incompleta incluye a Shakespeare, Auster, Ford, Piñeiro, Mc Carty, Giralt Torrente, Kafka y Roth.

Son precisamente estos dos últimos las referencias que toma Guebel para decodificar por escrito la relación con su padre; Hermann Kafka y Herman Roth (simetría de nombres) sobrevuelan el texto de manera bastante explícita. El primero educando y atribulando a Guebel niño y el segundo teniendo que ser cuidado y acompañado por Guebel adulto.

La riqueza de la novela se sostiene en la tensión que se establece entre estos dos momentos de la vida y de la relación padre-hijo; un hijo rechazado y desvalorizado sistemáticamente se hace cargo de un padre enfermo que está perdiendo el control de su vida (“...voy a ver a mi padre a la clínica donde esta internado. No a causa de su cáncer de próstata, que a su edad avanza lentamente, sino por quistes en la vejiga... a poco de cumplir los ochenta sufrió un sangrado intestinal que le provocó la baja de presión y la descompensación de oxígeno en el cerebro que derivó en el accidente cerebrovascular que lo dejó con retardo en la expresión y la comprensión”).

El texto, una verdadera bitácora del deterioro, relata de manera minuciosa, en breves fragmentos como imágenes, diferentes momentos de encuentros y mayoría de desencuentros, descartando la secuencia temporal para privilegiar las asociaciones y las emociones. El hijo

ya viejo tiene que hacerse cargo de un padre anciano y enfermo, recorriendo juntos un camino de ambivalencia (“Hace unos meses vi unas viejas fotos en blanco y negro que sacó mi tío Alberto: mi padre y yo corremos por un parque, mi padre me sostiene y yo estoy sentado sobre el capot de nuestro Peugeot 403, reímos. Mi madre usa anteojos con lentejuelas y perlas falsas y sonrío. ¿Qué cuento siniestro estoy contando, entonces?”).

Como ya hemos escrito en otras ocasiones los manuales de entrenamiento para cuidadores de “adultos mayores” que disponemos y los textos de psiquiatría o psicología (“Su majestad el niño grande y tiránico ha cedido paso al adulto mayor, que es la forma benévola y empresarial de referirse a los viejos”) están muy lejos de poder reflejar la complicación que implica acompañar y envejecer al mismo tiempo. En cambio, Daniel Guebel consigue transmitirlo de manera impecable en menos de 180 páginas: es por lo que creemos que las nuevas semiologías, las que nos permitirán capturar la complejidad de estos tiempos, serán narrativas o no serán nada.

Nos explicamos un poco más: los relatos, de los profesionales, de las personas que sufren, historias como la que estamos reseñando en esta ocasión pueden transformarse en la manera de comenzar a redefinir las enfermedades psiquiátricas, tanto en su descripción como en su comprensión. La repetición Talmúdica y acrítica de fórmulas que ya era necesario cuestionar cincuenta años atrás no puede ser el camino, tampoco puede serlo

maquillarlas con algunos ingredientes para hacerlas lucir “modernas”: palabras como *género, comunitario, identidad*, etc., se vacían de sentido cuando son utilizadas para sostener nostálgicamente teorías que la muerte de los Grandes Relatos se encargó de enterrar.

Creemos que esta es una de las claves posibles para acercarse al texto de Guebel: leerlo como un manual para cuidadores familiares de personas que están atravesando envejecimientos con enfermedad (“Ahora, padres viejos, los trato mejor de lo que ustedes me trataron cuando niño... El sangrado se interrumpe y vuelve a su casa. Voy a visitarlo en la semana, con varios pretextos. Él está sentado, con la mirada perdida. Le pregunto qué le pasa: “No hay nada”, dice. Y después: “Estoy viejo”). La propuesta puede inscribirse en una forma de analizar los envejecimientos propios y ajenos desde una posición diferente, podríamos decir desde adentro. Por supuesto que leerlo solo por el placer de la lectura es otra gran opción; como siempre, dejamos en manos de nuestros improbables lectores la decisión.

“Rayo’, me dice. ‘¿Estas rayado?’, le digo. ‘Sí’. ‘¿Qué te pasa papá?’. Inclina la cabeza, alza las manos y las mueve como si se tratara de hacer girar tornillos, o más bien bulones, para que le atraviesen la osatura del cráneo y le ajusten las volutas del cerebro. Después estira el dedo índice de la mano derecha y hace el gesto de disparar. ‘¿Querés morir?’. ‘Sí’. ‘¿Querés matarte?’. ‘Sí.’” ■